

Julio César Pol

García Lorca

Acá en la fosa ya no cabíamos. Por eso cuando aquella madrugada trajeron tres más para fusilarlos, los pobladores del barranco de Viznar formamos un motín. Nunca se había visto semejante acto de desconsideración. Había en el hoyo más de 400. Había de todo: gente mayor, niños y mujeres encinta. Y querían tirar más. ¡Y la mezcla! Que aquí había de todo y por todo. Todos los habitantes de la fosa se pararon detrás del cuerpo del muchacho afeminado que temblaba llorando. Quién hubiera podido saber que aquel muchacho nos iba a salvar del tedio. Cuando desenfundó la pistola nos dijimos: “Aquí viene el Ruiz”. Que, si hubiéramos estado vivos, ese puto asesino ya estaría muerto. Todos se agolparon detrás del muchacho. Los de un lado cantaban consignas. Otros agitaban el puño. Unos gritaban furiosos “¡Viva España!”; “¡Izquierda republicana!”, gritaban otros. Era tal el coraje y la pasión de la protesta que cuando la bala le vació el cerebro, nos salpicaron a unos pocos con la trayectoria de su sangre. Ese fue nuestro único día de redención. Por fin, el verdugo y los cinco cerdos que lo acompañaban vieron por lo menos a veinte de nosotros. Cuando esa manada de bestias vio semejante avispero de muertos, comenzaron a disparar hacia nosotros y hacia el aire. Y con el fuego de la pólvora lo que hicieron fue vernos aún más. Pero cuando es ya, es ya. Ya estaba bueno. La algarabía que se formó en el barranco cuando corrieron aquellos fue como de despedida de año. Tal fue el pánico de los verdugos que dejaron a los otros dos sentenciados a muerte parados en medio de nosotros. Cuando se fueron los falangistas, ambos corrieron monte abajo y no volvimos a saber de ellos.

Cuando terminó la fiesta nadie sabía qué hacer con el muchacho nuevo. Como yo soy de lo más amable, el grupo me había asignado repartir los espacios. Las partes bajas estaban en disputa y las altas nadie las quería por el viento frío de la noche: hubo que colocar al niño nuevo en lo más alto. ¡Qué me imaginaba yo entonces que eso sería lo mejor! No lo mejor para él, coño: ¡lo mejor para nosotros!

En el invierno siempre se estaba quejando de frío. Le tomó un tiempo hacer la paz con su nueva condición. Tenía la mosca detrás de la oreja. Al principio se la pasaba llorando callado, liado en los planes de los vivos. Hasta que un día me escuchó recitando unos versos de Machado. Y los versos del Antonio casi le devuelven la vida. Fue como si le hubiera encendido una verbena en el corazón. Se paró en la piedra sobre la fosa y comenzó a declamar versos de Machado. Todavía se me paran lo que fueron los pelos, cuando recitó por primera vez “En el entierro de un amigo”:

*Tierra le dieron una tarde horrible
del mes de julio, bajo el sol de fuego.
A un paso de la abierta sepultura,
había rosas de podridos pétalos,
entre geranios de áspera fragancia
y roja flor...*

Y he aquí una gran verdad que los vivos no conocen, y es que los muertos hablan como diciendo poesía. Madre mía, ¡cómo llorábamos todos! Qué bendición la buena memoria de aquel

niño. Cada día nos resucitaba recitando un buen libro. Y aunque yo en vida era de las excluidas de la poesía, me emocionaba cuánta pasión le metía a cada palabra. Qué suerte tuvimos de escapar de la melancolía y del aburrimiento. Recuerdo cuando nos habló de NY, y de los judíos, y de los negros del Bronx y de los gitanos de Harlem. Del río Hudson y de las carnicerías. Cuando nos recitó “Poeta en Nueva York”, me quería morir de nuevo:

*Es allí donde sueñan los torsos bajo la gula de la hierba.
Allí los corales empapan la desesperación de la tinta,
los durmientes borran sus perfiles bajo la madeja de los caracoles
y queda el hueco de la danza sobre las últimas cenizas.*

Así pasábamos escuchándolo las horas muertas. Otro día, mientras declamaba, paró en seco y detuvo un poema para decirnos: “Aquí hay que hacer teatro”. Comenzó los ensayos de *Bodas de sangre*. Asignó el NOVIO a Rodrigo; la VECINA a Tere, a Magdalena la MADRE, a mí la LUNA, y así, hasta que repartió todo. Ninguno nunca había representado ni a una mosca. Él mantuvo en secreto solo una línea ante los demás y se la recitó al NOVIO al oído. La mañana del estreno, cuando el novio dijo: “*Calla. Estoy seguro de encontrármelos aquí. ¿Ves este brazo? Pues no es mi brazo. Es el brazo de mi hermano y el de mi padre y el de toda mi familia que está muerta. Y tiene tanto poderío, que puede arrancar este árbol de raíz si quiere. Y vamos pronto, que siento los dientes de todos los míos clavados aquí de una manera que se me hace imposible respirar tranquilo*”, ese regalo nos hizo a todos estallar en llanto y preguntarnos quién nos vengaría a nosotros. A quién le prestaríamos nuestras fuerzas. A quién se le haría imposible respirar tranquilo. El próximo mes lo pasamos en silencio, evadiendo mirarnos a la cara.

Cuando se nos fue el pesar fuimos por *Hamlet*, *El fantasma de la ópera* y otra decena de producciones. Salíamos de un estreno a una práctica, y de allí a un nuevo estreno. Con la producción número 13, *Fuenteovejuna*, fue como si hubiéramos llamado una maldición. Esa misma tarde llegaron los militares. No aquellos cobardes de bajo rango en la falange, sino unos nuevos. Llegaron a las siete de la mañana cinco camiones de militares con picos y palas. Los pusieron sobre nosotros para sacar nuestros huesos, nuestros trapos roídos, nuestros escapularios y nuestras fotos. El pijama de Federico estaba intacto. Hablaron de incinerar lo que quedaba de nosotros, de no dejarle evidencia a la propaganda marxista.

De momento hubo un brote de pánico en el barranco de Viznar. Los viejos se preguntaron: “¿Nos vamos a ir con los huesos?” Pero no, no nos fuimos con los huesos. Yo me paré y les hablé de Granada y de las cosas que habíamos logrado aquí. Así que decidimos permanecer en aquella fosa común. Esa noche sentimos que echaron nuestros huesos al incinerador. Y sin los de la milicia nacionalista saberlo, hicieron talco de cenizas nuestras cadenas. Al otro día, como si no tuviera más que decirnos, Federico levantó su mano, como despidiéndose, y se fue. Los que todavía tenían familia se regresaron a sus casas. Yo y un pequeño grupo de familias nos quedamos aquí, en la misma fosa, repitiendo las producciones de teatro y declamando poesía para escapar del tedio.